

China Y El Pensamiento Europeo Moderno:

Eurocentrismo, Préstamos Culturales y Reformulaciones Contemporáneas. Puntos Potenciales para el Diálogo Intelectual

Gustavo E. Santillán

Como citar: SANTILLÁN, G. E. China Y El Pensamiento Europeo Moderno: Eurocentrismo, Préstamos Culturales y Reformulaciones Contemporáneas. Puntos Potenciales para el Diálogo Intelectual. *In:* PASSOS, R. D. F.; VIEIRA, N. R.; SIMONETTI, M. C. L. (org.). **Relações internacionais contemporâneas: novos protagonistas e novas conjunturas.** Marília: Oficina Universitária; São Paulo: Cultura Acadêmica, 2014. p. 249-278.
DOI: <https://doi.org/10.36311/2014.978-85-7983-557-5.p249-278>



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição-NãoComercial-SemDerivações 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin derivados 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).

CAPÍTULO 13

CHINA Y EL PENSAMIENTO EUROPEO MODERNO: EUROCENTRISMO, PRÉSTAMOS CULTURALES Y REFORMULACIONES CONTEMPORÁNEAS. PUNTOS POTENCIALES PARA EL DIÁLOGO INTELECTUAL

Gustavo E. Santillán

INTRODUCCIÓN

El trabajo que presentamos parte del problema suscitado en torno a la perplejidad que, para el pensamiento científico occidental, suscita el ascendente lugar de China en el orden económico global. Para realizar un examen crítico de esta perplejidad, examinamos literatura y fuentes intelectuales a lo largo de diversos periodos históricos, tanto en China como en Occidente. Esta última literatura comparte, aún, un cierto sesgo eurocéntrico, que remonta en última instancia a las primeras reflexiones sistemáticas producidas sobre China, y desarrolladas en los siglos XVIII y XIX. Ello a pesar de los deliberados esfuerzos contemporáneos por eludir este sesgo en la ciencia social contemporánea. Los contextos de producción del pensamiento eurocentrista incluyeron el movimiento simultáneo y encadenado de decadencia del Imperio Qing y de expansión industrial europea, que se ha dado en llamar la “Gran Divergencia” entre Oriente y Occidente (POMERANZ, 2000).

Ello explica asimismo la particular relación con este pensamiento de los intelectuales chinos posteriores, que forjaron en el campo de las ideas el camino hacia la independencia nacional y la liberación social conquistadas en 1949. Sin embargo, resulta llamativa la persistencia en el

<https://doi.org/10.36311/2014.978-85-7983-557-5.p249-278>

pensamiento no chino sino occidental, de las premisas eurocéntricas adoptadas en tiempos de la Gran Divergencia, en contextos contemporáneos signados por una aparente reversión y puesta en cuestión de esta relación civilizatoria.

En lo sucesivo, realizaremos un trabajo de revisión tanto de ciertas reflexiones europeas “originarias” sobre China, como de su reelaboración en el pensamiento revolucionario chino a partir de 1919. A continuación, veremos los alcances de la reformulación del tenor de estas reflexiones, ya en el contexto de la ciencia social occidental en las postrimerías del siglo XX. Finalmente, a la luz de esta revisión, sugeriremos algunas líneas de reflexión que permitan dar cuenta con mayor exactitud del contexto global contemporáneo, y de la inserción en él del Reino del Centro.

1 EUROCENTRISMO

Las concepciones occidentales sobre China y su situación en relación a la así llamada “Historia Universal” provienen del postulado de una unidad en la evolución del desarrollo humano, deudora a su vez del pensamiento cartesiano y de la noción de una unidad esencial de la humanidad (CHATELET, 1983). Aún más, estas premisas filosóficas no conformaron, en los albores de la Modernidad, una ruptura absoluta con la idea de la divinidad, de la que el racionalismo cartesiano es plena prueba. Por el contrario, tras la revitalización del pensamiento clásico operada por el Renacimiento europeo, encontramos claras reminiscencias aristotélicas en la filosofía de la Historia de la Ilustración europea, como se han encargado de establecer estudios posteriores que abordaron el orientalismo en esta matriz de pensamiento (ANDERSOSN, 1974). Concretamente, una vez establecido un sentido general de la Historia Universal, y el centro activo de esta Historia progresiva ubicado en la Europa entendida como síntesis de la Idea de la Humanidad (HEGEL, 1972), las sociedades pasadas y contemporáneas habrían de ser situadas en ese *continuum*, o bien al margen del mismo en tanto “pueblos sin historia” (WOLF, 1982). Resulta contundente en respaldo de nuestra afirmación la persistente continuidad de las apreciaciones siguientes:

Hay pueblos que, arrastrados por una tendencia natural a la servidumbre, inclinación mucho más pronunciada entre los bárbaros que entre los griegos, más entre los asiáticos que entre los europeos, soportan el yugo del despotismo sin pena y sin murmuración, y he aquí por qué los reinados que pesan sobre estos pueblos son tiránicos [...]. (ARISTÓTELES *apud* ANDERSON, 1974, p. 477-482).

Esta idea, *numen* de la célebre noción del despotismo oriental, estuvo ligada precisamente a la inmovilidad y ahistoricidad de los pueblos “asiáticos.” Así, sojuzgado por los déspotas y por la religión, “Las leyes, las costumbres y los hábitos del Oriente [...] son hoy idénticos a como eran hace mil años.” (MONTESQUIEU *apud* ANDERSON, 1974, p. 479). Este parecer es sistematizado en la filosofía de la Historia de Hegel, en quien encontramos rasgos que habrán de perdurar largo tiempo en el pensamiento occidental. En primer lugar, la idea de un régimen *patriarcal* de la sociedad y el Estado, en el que el individuo se encuentra alienado y abrumado bajo el peso del ceremonial, la religión y la costumbre. Este orden está, por principio, impedido de todo cambio o progreso.

Es [...] el reino de la duración; no puede cambiar por sí mismo. [...] Por otro lado, la forma del tiempo se opone a esas relaciones patriarcales. Sin modificarse en sí mismos o en su principio, los Estados se hallan sometidos a un cambio perpetuo en sus relaciones recíprocas, es decir, se encuentran en medio de conflictos incesantes que les deparan una rápida decadencia. En la medida en que el Estado se halla así vuelto hacia el exterior [...] Esta historia no lo es aún esencialmente, porque no es sino la repetición de una misma ruina majestuosa. El elemento nuevo con el que el valor, la fuerza y la magnanimidad han sustituido al antiguo esplendor sigue el mismo camino de decadencia y ruina, que no es tampoco una verdadera ruina, porque esos cambios incesantes no producen ningún progreso. El nuevo elemento que sustituye al que pereció, parece a su vez; no se produce ningún progreso, y tanta inquietud es sólo una historia ahistórica.¹ (HEGEL, 1972, p. 304-305).

¹ Estas reflexiones son derivados lógicos de la filosofía dialéctica de la Historia, perteneciendo la vida de los imperios “asiáticos” a la indiferenciación originaria de la Idea y el Espíritu, no habiéndose objetivado aún en ninguna antítesis de negación.

De este modo, “China e India permanecen estacionarias y perpetúan, incluso hasta el tiempo presente, una existencia vegetativa natural.” (ANDERSON, 1974, p. 407).

Esta marginalidad respecto al progreso que se supone encarnación de la Idea universal (asociado implícita y políticamente al despotismo ilustrado de Federico Guillermo III) es concretada en un esquema de Historia Universal explícitamente establecido por el autor:

Cuatro son los reinos o mundos (*Reiche*) históricos: 1° el oriental; 2° el griego; 3° el romano; 4° el germánico [...] El Espíritu [...] aprehende [...] la positividad absoluta de su interioridad, el principio de la unidad de la naturaleza divina y humana, la reconciliación de la verdad objetiva y de la libertad, surgidos en el interior de la conciencia de sí y de la subjetividad; verdad y libertad que son asignadas, para su realización, al principio nórdico de los pueblos germánicos. (HEGEL, 1972, p. 329-332).

Por un lado, la primera etapa o “reino” corresponde a la “infancia” de la Humanidad, en los términos expuestos más arriba. Por otro, sin embargo, esta etapa es en realidad ahistórica, incapaz de dar un salto cualitativo en su evolución, como establecimos a través de las citas precedentes.

Veremos a continuación notables analogías estructurales entre este esquema y el del discípulo más célebre de Hegel, analogías que tendrán perdurables consecuencias ya en el plano del pensamiento científico occidental. Así, Karl Marx parte, en sus análisis y comentarios ocasionales sobre China, del supuesto incuestionado del despotismo estatal, y de la inmutabilidad consustancial a la civilización china. Sin embargo, y de acuerdo a la “inversión” materialista de la filosofía hegeliana operada por Marx, se han de buscar fundamentos adicionales para completar el análisis. Así, Marx recurre a 1) condicionamientos climáticos y geográficos, que agregan el carácter de hidráulico al Estado despótico² “asiático,” encargado de la provisión de infraestructura para el cultivo, 2) cuestión a la que volverá con fuerza en los *Grundrisse*, la existencia por debajo de las estructuras estatales, de aldeas igualitarias y autosuficientes, que producen una indiferenciación y confusión entre la propiedad estatal y colectiva de la tierra (ANDERSON, 1974, p. 487-511). Finalmente, esta combinación original

² Sistematizado en otro estudio célebre, en las antípodas ideológicas del marxismo: Wittfogel (1957).

entre un Estado despótico “por arriba” y una sociedad informe, igualitaria e inconexa por debajo,³ conforma un rasgo estructural distintivo de un tipo de sociedades, el *modo de producción asiático*, extendido por Marx y Engels a China, India, Persia, Turquía, México y Perú precolombinos, y aún a las sociedades celtas (ANDERSON, 1974, p. 499-500). Así, estas sociedades (y las restantes...) quedaban fuera de la historia universal, en un doble sentido: fuera del esquema general de evolución de los modos de producción, e incapaces de todo progreso o transformación de sus estructuras intrínsecas. Cuando concretamos estas elaboraciones en el análisis de coyuntura,⁴ nos encontramos con pareceres acerca de “Un imperio gigantesco, conteniendo casi un tercio de la raza humana, vegetando entre los dientes del tiempo, aislado por la exclusión forzada del intercambio general, e ingeniándose las por ende para engañarse a sí mismo con ilusiones de perfección celestial.” (MARX, 1858, tradução nossa). Este imperio, al ser abierto al comercio británico por los cañones del Imperio Británico, habría de despedazarse según Marx “como la disolución de una momia cuidadosamente preservada en un ataúd herméticamente sellado, cuando toma contacto con el aire fresco,” rompiéndose así “la fe supersticiosa en la eternidad del Imperio Celeste,” e infringiéndose el “aislamiento bárbaro y hermético respecto al mundo civilizado.” (MARX, 1853, tradução nossa). Nada había de valioso para la historia de la humanidad pues, en palabras de Engels, en “la semicivilización podrida del Estado más viejo del mundo.” (ENGELS, 1857, tradução nossa).

³ Esto sin duda también replica la distinción hegeliana entre sociedad civil y sociedad política.

⁴ La mayor parte de las reflexiones de Marx sobre China se encuentran, además de en los *Grundrisse*, en artículos periodísticos, con ocasionales disgresiones en el *Capital*.

2 CHINA EN EL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO

La razón es un fusil de alquiler
Karl Popper

Todo me conviene, y nada me conviene
Confucio

Hemos ubicado las reflexiones occidentales recién expuestas en el contexto de producción de la Gran Divergencia, donde una sociedad expansiva y en expansión⁵ se imponía por la fuerza de las armas y el “libre comercio” a un Imperio en descomposición. El efecto de este contexto al interior de China resultó en una crisis profunda de identidad para las élites intelectuales y las clases dirigentes, que debieron dar cuenta de las alternativas existentes o necesarias para la transformación de las estructuras del Imperio, cuestión vital para la continuidad o perecimiento de la sociedad toda.⁶ En el contexto de la Gran Divergencia, toda alternativa debía contemplar un aprendizaje que saldara la diferencia técnica, militar y económica que estaba postrando a China. Sin embargo, estaba claro para las élites locales que esta alternativa tenía por objeto una recuperación de la soberanía del Estado y de la dignidad de la sociedad; esta cuestión, tras el fracaso de la Reforma de los Cien Días (1898), debió ser planteada en términos revolucionarios. Ello era asimismo posible en términos sociales, debido a que, al igual que en la “crisis civilizacional” que desembocara en la unificación imperial, los crecientes conflictos civiles y militares habían producido un proceso agudo de desclasamiento generalizado, que llevó por ejemplo a un historiador contemporáneo a caracterizar al Estado emergente en 1949 como un “Estado sin sociedad.” (MEISNER, 2007). Concreta-

⁵ Al margen de los acontecimientos históricos que conformaron la modernidad europea, a la que volveremos en la siguiente sección, el pensamiento occidental moderno acompaña esta expansión, en su concepción ecuménica y universal del sujeto y del conocimiento: si la razón es la causa última perceptible de constitución del sujeto, el pensamiento tiene un camino necesario, el *método*, dado en potencia a cada uno para su desarrollo y para la percepción de la naturaleza (Descartes); de aquí se sigue una doble consecuencia, la igualdad esencial de los individuos, y la universalidad del desarrollo del pensamiento; en otras palabras, no hay maneras alternativas y particulares de conocer, dialogar y transformar el entorno natural y social.

⁶ La última “crisis civilizatoria” para las élites chinas debe rastrearse en el periodo conocido como de las “cien Escuelas” de pensamiento, entre la etapa de Primaveras y Otoños y la consolidación del Imperio Han (circa Ss. VIII – III a.C); crisis y revulsiones posteriores en el pensamiento pueden encontrarse posteriormente durante las dinastías Song (Ss. X-XIII) y Ming (Ss.XIV-XVII), donde nuevamente se ofrecieron distintas teorías de gobierno e incluso del aprendizaje y el conocimiento en sí, aunque estas últimas crisis no revistieron la profundidad alcanzada por la crisis de identidad que habría de resultar en la construcción de un imperio centralizado laico, secular y plurinacional, conducido por una élite civil letrada. (GERNET, 1991; LOEWE 1999; TWITCHETT, 1986).

mente, y de manera análoga a los procesos iniciados en Primaveras y Otoños (722-481 a. C.), los jóvenes letrados no encontraban su lugar en las estructuras debilitadas de un Estado que no ofrecía perspectivas de futuro individual. Esto constituyó históricamente una tragedia para las clases instruidas. En términos políticos, el armazón anquilosado del confucianismo ya no ofrecía la preparación necesaria para la conducción del Imperio, en plena expansión de la sociedad industrial. En 1905, finalmente, se abolieron los exámenes imperiales, cerrando el mecanismo formal de acceso al funcionariado para las clases letradas. Esto reconfiguró la relación entre el poder económico y el político, con nuevos agentes “plebeyos” “usurpando” estos resortes a escala local en las ciudades portuarias, marginando a numerosos *literati*, a sus familias e hijos (LO, 1981).

Es de este modo que, en última instancia el marxismo, producido en el vórtice del desarrollo capitalista europeo como su negación, ofrecía a las élites el recurso cultural con el cual impugnar, a la vez, el viejo mundo y la importación de la degradación traída por las armas y el opio de los imperialistas. Sostiene Meisner que esta adopción debe ser inscripta en un movimiento subyacente a las rebeliones populares de China, por cuanto los revulsivos más poderosos aplicados al viejo orden han sido protagonizados históricamente por líderes iconoclastas, con los notables ejemplos de Mao Zedong y el líder Taiping Hong Quiquan (1814-1864), autoproclamado “hermano de Cristo.”⁷

La generación de jóvenes letrados que habrían de dar forma al pensamiento revolucionario chino tuvo su bautismo en el Cuatro de Mayo de 1919, movimiento de dignidad nacional y modernización cultural en los términos recién expuestos. De allí surgió, entre otros, el padre de la literatura moderna, Lu Xun, junto a los posteriores fundadores del Partido Comunista, Chen Duxiu y Li Dazhao, entre otros. Puede considerarse también a Mao Zedong como uno de los herederos intelectuales del Cuatro de Mayo, de manera directa por su cercanía a Li Dazhao, a quien

⁷ En un fresco y prístino silogismo que marca, antes que la conversión de Hong al cristianismo, las distancias culturales y la reelaboración de las influencias extranjeras: si Dios es el Padre y Cristo el Hijo, Hong es, *ergo*, hermano de Cristo. Por supuesto, esta filiación lo volvió, a los ojos de sus acólitos, en un líder capaz de inmolarse por el Reino de la Paz Celestial (*Taiping*). Digamos de paso que Hong había sido tres veces rechazado en los exámenes de la carrera funcionarial. (KUHN, 1978; MEISNER, 2007).

estuvo destacado como su asistente en la biblioteca de la Universidad de Beijing, en 1918 (SHORT, 2003, p. 122).

Inicialmente, el contacto con la filosofía social y política occidental se había producido a través de las traducciones que las propias élites ligadas a la corona Manchú habían propiciado como estrategia para “contener a los bárbaros aprendiendo de los bárbaros,” en fechas tan tardías como la segunda mitad del siglo XIX y hasta la represión de la Reforma de los Cien Días (1898). Así, se introdujeron en China doctrinas inicialmente influyentes como el liberalismo, el darwinismo social, el evolucionismo, el empirismo, y el utilitarismo⁸(LO, 1981, p. 24).

Precisamente, los comienzos de la evolución intelectual de Chen Duxiu y Li Dazhao pueden verse en la fundación conjunta de la sociedad cultural y revista “Nueva Juventud” (*Xin Qingnian*, Shanghai, 1915). Los pilares de la sociedad estaban constituidos por la difusión de la *ciencia* en beneficio de la *democracia*, como objetivos ideales opuestos al autoritarismo y escolasticismo de la decadente sociedad confuciana. Sin embargo, la relación que se establecía entre ambos *corpus* de ideas era meramente funcional a la supervivencia de China. Por Ciencia se entendía la apertura a la investigación y al conocimiento pragmático y empírico de la Naturaleza, presidida por leyes objetivas. Estas leyes eran nada menos que las de la evolución (concepto clave para la sociedad cultural, por cuanto se oponía al quietismo del viejo orden), replicadas en el desarrollo del hombre y de la sociedad (LO, 1981, p. 34-40). Así, el terreno de la política era el de la “supervivencia del más apto,” y de aquí que se planteara como un imperativo de primer orden la regeneración de la sociedad china, en el ambiente evidentemente hostil de degradación y hostigamiento extranjero. Lu Xun señala, en su prefacio a *Grito de Llamada*, que fueron los intelectuales de Nueva Juventud (que, de hecho, publicaron por primera vez una de sus historias, *El Diario de un Loco*) quienes terminaron de convencerlo de la posibilidad del cambio social y de la función de la cultura en esta transformación; en dicho prólogo, Lu subordina precisamente la ciencia a este

⁸ El socialismo será introducido a través de la diáspora china en Japón. Sin embargo, en la síntesis de Sun Yat sen, se producirá una combinación ecléctica entre esta doctrina y el darwinismo social, que servirá de acicate al nacionalismo chino “moderno,” como tendremos oportunidad de ver. Las primeras traducciones de Marx (el *Manifiesto Comunista*, de hecho) serán posteriores, y estarán a cargo de los jóvenes revolucionarios. La traducción del *Manifiesto* data de 1920.

proceso, a través de un *racconto* autobiográfico: el estudio de la medicina por él emprendido en Tokyo resultaba fútil por cuanto

Si los ciudadanos de una nación ignorante y débil, aún tratándose de seres vigorosos y resplandecientes de salud, sólo son capaces de dejarse matar para espectadores de un espectáculo (sic) [...], bueno, dejarlos morir de enfermedad no es una gran desgracia, después de todo. Lo primero que había que hacer era cambiar el espíritu del pueblo y como en esa época yo pensaba que el mejor medio para influir en los espíritus era, por supuesto, la literatura y el arte, decidí iniciar un movimiento literario y artístico. (LU, 1972, p. 3-4).

Aquí vemos claramente de nuevo cómo la ciencia no existe *per se* para los intelectuales chinos, sino como un elemento subordinado a la acción social.

Agotados uno a uno los expedientes de modernización técnico-económica (en el fracaso del movimiento de Regeneración Nacional que siguió a la represión de la Rebelión Taiping, en la década de 1860) y la breve iniciativa de Revolución “desde arriba” en la Reforma de los Cien Días, y agotado por último el expediente de la asimilación al desarrollo político-económico occidental en las consecuencias de la conflagración interimperialista para China, detonante del movimiento del Cuatro de Mayo, la revolución bolchevique emergía con fuerza como paradigma para la juventud revolucionaria china (LI, 1962). Es a partir de este evento que estas élites comienzan a sistematizar al marxismo como respuesta ideológica y cosmovisión adecuada a los problemas de la sociedad china. Dado que es este evento el desencadenante, y no la participación previa en la militancia teórico-política de la Primera y Segunda Internacional, en palabras de Maurice Meisner, “el mensaje de la revolución bolchevique (fue adoptado) casi completamente por fuera del cuadro de las categorías marxistas de pensamiento.” (MEISNER, 1967).

Es en este contexto, señalábamos, cuando Mao Zedong fungía como joven asistente de Li en la Biblioteca de Beijing. La trayectoria intelectual de Mao presentaba en ese momento notables analogías respecto al apretado resumen aquí realizado sobre los dos padres fundadores del comunismo chino. Ello se debió, reiteramos, a 1) la proliferación de numerosas traducciones de pensadores y filósofos occidentales hasta cierto punto

permitidas por el régimen a partir del último cuarto del siglo XIX, y 2) la organización por todo el país de sociedades análogas a Nueva Juventud, promovidas por jóvenes letrados pero también por individuos provenientes de clases acomodadas, como en el caso de Mao. Éste había fundado en Changsha, en su provincia natal de Hunan, la *xinmin xuehui*, Sociedad de Estudios del Pueblo Nuevo, antes de partir temporariamente a Beijing. *Xinmin* tiene una doble connotación, “pueblo nuevo” y “renovar al pueblo,” lo que le otorga un sentido revolucionario (o al menos, un trasfondo de reforma) a su propósito, pero a la vez, “renovar al pueblo” era considerado, en los clásicos, como tarea inherente a las clases letradas educadas en la virtud. Si bien Mao provenía de un medio campesino plebeyo acomodado, la asociación que ayudó a fundar en su provincia reflejaba en sus propósitos, en palabras de Snow, la “actitud ambivalente ante la herencia clásica,” (SHORT, 2003, p. 117) a la que hemos referido también aquí, y que debe fungir como vara para medir la incorporación de ideas occidentales al acervo revolucionario. Por otra parte, y en este contexto, Mao también participaba del eclecticismo de Li y Chen, por cuanto su acercamiento al marxismo fue (evidentemente) posterior a 1920. Sus primeras referencias intelectuales fueron, por un lado, John Dewey, de amplia circulación en los medios culturales chinos (junto a Emerson, Bertrand Russell y Bergson, este último influyente en el pensamiento temprano de Li Dazhao), y el anarquismo de Bakunin. Ello pinta un interesante contraste con los referentes del Cuatro de Mayo recién analizados, por cuanto estos, si buscaban en la ciencia un fundamento empírico, material y objetivo para el movimiento de regeneración de China, Mao, en cambio, formado en un ambiente rural como maestro de provincias, se posicionó en el rechazo al orden establecido desde una impugnación radical de toda disciplina y sistematicidad. Este punto es importante porque tuvo implicancias duraderas en sus formas de ejercicio del poder político y, por otro, porque replica en cierta medida algunos movimientos tradicionales de reacción frente al orden confuciano constituido a lo largo de la historia previa de China, donde los episodios revulsivos en periodos de crisis han estado signados tanto por el mesianismo de los rebeldes, como por la apelación al igualitarismo frente a la jerarquía, y al orden natural y primario frente a las convenciones sociales. De hecho, esto puede verse como el contrapunto tradicional entre

confucianismo y taoísmo, entre la escolástica y los relatos populares, al que Mao no era para nada ajeno:

Yo conocía a los Clásicos, pero me disgustaban. Lo que yo disfrutaba eran las novelas de la antigua China, y en especial las historias de rebeliones. Yo leía las Crónicas de Yo Fei, las Crónicas del Borde del Lago, la Rebelión contra los Tang, el Romance de los Tres Reinos, y el Xi Yu Ji cuando era joven, y a pesar de la vigilancia de mi viejo maestro, que odiaba estos libros marginados y los llamaba malditos. Yo acostumbraba leerlos en la escuela, cubriéndolos con un Clásico cuando el maestro pasaba cerca mío. (SNOW *apud* FREIBERG, 1977, p. 11).

Posteriormente, en sus investigaciones filosóficas desarrolladas en el periodo de Yenan, en su célebre artículo *Sobre la Contradicción* (1937), Mao establece una concepción dialéctica que debe tanto al materialismo dialéctico y a la filosofía occidental, como a la dialéctica tradicional que abrevia en el taoísmo⁹ (MAO 1977). Por supuesto, este artículo de Mao fue la base teórica de sustentación de la segunda alianza con el Guomindang en el comienzo de la ocupación japonesa de China (1937-1945).

Entretanto, entre la juventud “premarxista” de Mao y sus investigaciones filosóficas, desde luego habían ocurrido eventos políticos concretos y ajenos al clima meramente político-cultural que estamos analizando hasta aquí y que escapan a los límites de este trabajo, amén de estar ampliamente difundidos en el conocimiento general del periodo: la intervención de la Comintern sobre el Partido, que produjo tanto desastres político-militares como el desplazamiento indirecto (a través de la reacción de sus propios camaradas encabezados por Mao) de la ortodoxia “urbana” de la dirección (entre los que se contaban ya Li Dazhao, Chen Duxiu, Li Lisan, Qu Quibai, y la “línea soviética” de Wang Ming y, hasta cierto punto, Zhou Enlai), y el desvío forzado de la Larga Marcha (1934-1937), desvío que fue tanto militar como político (a partir del Pleno de Zunyi de 1935, Zhou Enlai dejaba en términos prácticos la dirección del Partido en manos de Mao) y teórico; a partir de allí, estuvo claro para el Timonel cuál era el propósito de la adopción del marxismo-leninismo como guía del Partido Comunista:

⁹ Este tratado teórico, para Althusser, anunciaba ya una renovación estructuralista del marxismo, una superación de la dialéctica “simple” de Hegel, que aproximaría a Mao a las construcciones sofisticadas del marxismo occidental francés. (ALTHUSSER, 1999, p. 71-106.) Para un contraste contundente de estas posiciones, que rastrea con rigor las fuentes de inspiración de la dialéctica “maoísta,” (FREIBERG, 1977).

Otro objeto de nuestros estudios consiste en analizar nuestra herencia histórica y en hacer de ella un balance crítico sirviéndonos del método marxista. Desde hace muchos millares de años, la historia de nuestro gran pueblo se caracteriza por peculiaridades nacionales y por muchas cosas preciosas. En este aspecto no somos más que escolares. La China actual es un desarrollo de la China histórica. Nosotros somos historicistas marxistas y no debemos mutilar la historia. Desde Confucio hasta Sun Yat-sen, hemos de hacer el balance de toda nuestra historia, hemos de constituirnos en herederos de cuanto hay de precioso en nuestro pasado. Y, a la inversa, la aceptación de esta herencia constituye un método muy útil para dirigir el gran movimiento actual. Un comunista es un marxista internacionalista, pero es preciso que el marxismo tome una forma nacional antes de que pueda ser llevado a la práctica. No hay marxismo abstracto, sólo marxismo concreto. Lo que nosotros llamamos marxismo concreto es el marxismo que ha tomado una forma nacional, el marxismo aplicado a la lucha concreta en las condiciones concretas de China, y no utilizado de manera abstracta. Si los comunistas chinos, que son una parte integrante del gran pueblo chino, ligada a este pueblo por la carne y la sangre, hablan de marxismo fuera de las particularidades de China, se trata sólo de un marxismo abstracto y vacío. En consecuencia, la chinización (Zhongguo hua) del marxismo —el hecho de plasmar en todas sus manifestaciones la huella de todas las particularidades chinas, es decir, de utilizar correctamente las particularidades de China— se convierte en un problema que todo el partido debe comprender y resolver sin demora. Es necesario acabar con todas las formas estereotipadas del extranjero, es necesario cantar menos refranes vacíos y abstractos. Es necesario acabar con nuestro dogmatismo y reemplazarlo por algo nuevo y vivo, por un estilo chino y una manera china, agradables al oído y a la vista de las gentes sencillas de China [...]. En relación con este problema, todavía hay graves defectos en nuestras filas, que deben eliminarse de modo tajante. (MAO *apud* CHESNEAUX, 1978, P. 187).

Con posterioridad a la fundación de la Nueva China, y al margen de las revulsiones políticas de 1958-1960 y 1966-1976, la dinámica de adopción de ideas y teorías occidentales acerca de China, de cuyo orientalismo dimos fe en nuestra anterior sección, siguió en principio los cánones pragmáticos y subordinados a la construcción nacional, en el camino oportunamente trazado por las generaciones revolucionarias. Así, una de las principales tareas del nuevo liderazgo fue la normalización de las instituciones de educación superior y la construcción de un sistema científico, que en el terreno de las disciplinas sociales implicó, por ejemplo, la convo-

catoria a un proceso de relevamiento demográfico a escala nacional, dirigido por Fei Xiaotong, antropólogo chino retornado del exterior y discípulo de Bronislaw Malinowski. Fei, al frente de la Comisión de Asuntos de las Nacionalidades, estableció la existencia de las comunidades relevadas en el proyecto entre 1951 y 1954, que sentó doctrina acerca de la plurinacionalidad del Estado chino compuesto por 56 minorías nacionales, base de sustentación de la política oficial al respecto hasta nuestros días.

En el terreno de la teoría de la Historia, sin embargo, y de manera paralela a la maduración del sistema científico y universitario y de la estricta vigencia, hasta la década del '80, del marxismo-leninismo como doctrina oficial de un Estado ya consolidado, la historiografía china procedió a la reescritura del periodo precontemporáneo encorsetándola en la teoría evolutiva de los modos de producción (hemos visto la génesis de esta teoría de la Historia en su versión prístina, y sus implicancias para la conceptualización de las sociedades no occidentales). De este modo, se estableció que la sociedad china pasó, sucesivamente, por los siguientes periodos: a) Esclavista, correspondiente a las dinastías Xia (?- siglo XVII a.C) y Shang (Siglos XVII-XI a.C), b) Feudal (Dinastías Zhou a Qing, Siglos XI a.C. XIX d.C), c) Capitalista, 1911-1949, d) Socialista, 1949- presente.

Claramente, estas elaboraciones, amén de no corresponder exactamente a la evidencia histórica particular de cada periodo, tampoco corresponden al lugar que Marx asignaba a las sociedades asiáticas. Veremos a continuación cómo, en la ciencia social occidental, se ha revisado el eurocentrismo de la filosofía marxista de la historia, reteniéndose sin embargo algunos otros supuestos, tanto de las reflexiones originarias de Marx acerca de China, como de la historiografía china oficial para el periodo 1949-1978.

3 VISIONES CONTEMPORÁNEAS Y DESAFÍOS AL EUROCENTRISMO

*Puedes conquistar el Imperio a caballo, pero
no puedes gobernar desde un caballo*

Lu jia

Cronológicamente, en la revisión aquí realizada, la primera reconsideración radical del lugar de China en la teoría de la historia ha provenido del marxismo occidental, en la obra de Perry Anderson reseñada en nuestra primera sección. Allí, y tras un análisis sistemático y general, en perspectiva comparativa, del Islam y de la China Imperial, el autor realiza una extensa descomposición del Modo de Producción Asiático, a través de a) una genealogía del mismo, remontando los antecedentes de este concepto a los prejuicios eurocéntricos que hemos analizado oportunamente, y b) una exposición de los que, a su juicio, configurarían los rasgos estructurales más relevantes de ambos conjuntos civilizatorios. Así, y para el caso que nos concierne en particular, Anderson muestra 1) El dinamismo de los mercados de tierra,¹⁰ de las clases mercantiles y de la vida urbana a lo largo de la amplia historia imperial, con particular énfasis en el periodo correspondiente a la Edad Media europea, de donde resulta claramente una oposición entre el florecimiento de, por ejemplo, Hangzhou bajo la Dinastía Song del Sur (Ss. XII-XIV), - pero también de Bagdad durante el siglo IX -, y el retraimiento de la vida urbana en Europa Occidental, y 2) El carácter notable y *acumulativo* de las innovaciones técnicas de la civilización china, que echa por tierra con claridad la idea de una sociedad estática condenada a la repetición cíclica de periodos dinásticos, como planteaba *a priori* la filosofía de la Historia hegeliana. Sin embargo, el trabajo de reflexión y sistematización de Anderson deja algunas preguntas sin respuesta, cuya mera formulación exhibe aún preconceptos típicos del periodo de la Gran Divergencia, a partir de cuya contemporaneidad se podía afirmar – respaldado por los datos relativos a la comparación del crecimiento económico, absoluto y *per capita* – la inexorabilidad y unidireccionalidad del desarrollo capitalista industrial, presidido por la aplicación de la ciencia a la organización corporativa, y por el imperio de la propiedad privada y la seguridad jurídica. Ello parte de considerar el inicio del estancamiento de

¹⁰ Cuestión que será retomada con fuerza en trabajos posteriores.

China a mediados del reinado de la Dinastía Ming (1368-1644), durante el siglo XVI. Concretamente,

La paradoja de [...] la historia china de la época moderna es que la mayoría de las condiciones previas puramente técnicas para la industrialización capitalista se habían alcanzado mucho antes en China que en Europa. A finales de la Edad Media, China llevaba una amplia y decisiva ventaja tecnológica sobre Occidente, y se había anticipado en varios siglos a prácticamente todos los inventos clave de la producción material cuya combinación habría de liberar el dinamismo económico de la Europa renacentista. Todo el desarrollo de la civilización imperial china puede considerarse, en cierto sentido, efectivamente, como la más grandiosa demostración y la más profunda experiencia del poder y de la impotencia de la técnica en la historia. Los avances enormes y sin precedentes de la economía Sung (sic) [...] se malograron en las épocas posteriores: la transformación de la industria y de la sociedad que prometían nunca tuvo lugar. En este sentido, todo parece indicar que la época Ming es la clave del enigma chino [...] porque fue en este momento cuando, a pesar de los impresionantes avances iniciales por mar y tierra, los mecanismos del crecimiento científico y tecnológico de las ciudades parecen detenerse o dar marcha atrás. A partir de comienzos del siglo XVI, precisamente cuando el Renacimiento de las ciudades italianas se extiende hasta abarcar a toda la Europa occidental, las ciudades chinas dejaron de suministrar al imperio impulsos o innovaciones fundamentales. [...] las sucesivas etapas de la formidable expansión agraria tuvieron lugar sin ningún equivalente industrial comparable y sin recibir ningún impulso tecnológico de la economía urbana. [...] la agricultura china tradicional sólo habría podido mejorar con la introducción de productos específicamente industriales, como los fertilizantes químicos o la tracción mecánica. La incapacidad del sector urbano para generar estos productos fue decisiva para el bloqueo de toda la economía china. La presencia de un vasto mercado interior, que penetraba profundamente en el campo, y de importantes acumulaciones de capital mercantil parecían crear las condiciones propicias para la aparición de un verdadero sistema fabril que combinase el equipo mecanizado con el trabajo asalariado. Pero en realidad nunca se dio el salto a una producción en masa de bienes de consumo por medio de máquinas ni a la transformación de los artesanos urbanos en un proletariado industrial. [...]

(Esto) puede obedecer, sin duda, a la estructura de la sociedad y el Estado chinos [...] los conceptos chinos de propiedad se quedaron todavía muy por detrás de los europeos. La propiedad conjunta de la familia estaba muy extendida entre los terratenientes y, además, los derechos de prioridad y de reventa limitaban las ventas de tierra. El

capital urbano mercantil se vio afectado por la falta de toda clase de normas de primogenitura y por la monopolización estatal de algunos sectores clave de la producción interior y de las exportaciones [...] El arcaísmo de los vínculos de clan [...] reflejaba la falta de un verdadero sistema de derecho civil. [...] De modo similar, la cultura china no fue capaz de desarrollar el concepto teórico de leyes de la naturaleza más allá del ingenio práctico de sus invenciones técnicas [...] Sus ciencias tendían a ser clasificatorias antes que causales [...]

A largo plazo, la ausencia de leyes jurídicas y naturales en el conjunto de tradiciones superestructurales del sistema imperial no podía dejar de inhibir sutilmente a las manufacturas urbanas, situadas en unas ciudades que nunca consiguieron la autonomía cívica. [...] el estadio intermedio de un sistema de trabajo a domicilio no se desarrolló en la economía. (ANDERSON, 1974, p. 560-564).

A ello se agregaba, finalmente, en un pasaje de claras reminiscencias weberianas, el papel de la ideología confuciana que estipulaba como ideal vital el funcionariado, al que aspiraban tanto terratenientes como comerciantes, estos últimos denigrados en el fondo de la jerarquía oficial. Del mismo modo, la extracción de excedente extra por parte de los funcionarios desde la agricultura en adición a la renta y bajo la forma de emolumentos, sobornos y regalos, inhibía la inversión de las utilidades agrícolas en la economía urbana.

Esta extensa cita está basada en buena medida en los postulados de Joseph Needham sobre la relación entre desarrollo técnico y económico en China y su divergencia respecto a igual relación en el occidente europeo. Concretamente, Needham, tras la publicación de más de treinta volúmenes enciclopédicos acerca de la ciencia en China (obra colectiva que demandó más de cincuenta años a la fecha), concluye sus reflexiones señalando

- a) una divergencia inicial entre las ciudades griegas antiguas y la China preimperial, a favor de aquéllas en tanto la especulación filosófica y el carácter mercantil de la sociedad permitió un inusitado desarrollo de la matemática y la trigonometría, en tanto el álgebra china se desarrolló sin investigaciones parangonables en geometría, estando las nociones del espacio aún ligadas a concepciones normativas, políticas y rituales;

- b) una divergencia posterior entre la China imperial y el occidente romano y medieval a favor de China, explicado por 1- El carácter esclavista de la sociedad occidental, que inhibía fuertemente el desarrollo de tecnologías que economizaran en trabajo, frente a una sociedad agrícola en la que este elemento era siempre bienvenido, 2- La presencia del Estado en la organización de los trabajos de infraestructura,¹¹ 3- La amplia difusión del lenguaje escrito y el papel, que permitió la temprana socialización y comunicación de los conocimientos y las ideas, frente a una sociedad que poseía una *lingua franca* oral, pero con mayores dificultades en su difusión escrita, dadas i) una lengua alfabética que reproducía la fonética, pero que tornaba incomprensibles las obras ante la desaparición de la lengua ecuménica, y ii) la difusión en papiros y superficies escriptoriales más escasas y costosas; finalmente, 4- La burocracia civil, que favorecía la pericia en la conducción de los asuntos públicos.
- c) Una divergencia final ubicada a comienzos del siglo XVII (a la que hace referencia Anderson), donde por un lado la burocracia en China deja de ser funcional al desarrollo técnico de la sociedad, en el sentido capitalista e industrial del concepto, dado que la mercantilización creciente de la sociedad a partir de las dinastías Song y Ming es “reabsorbida” por la burocracia, en el sentido planteado por Anderson. En ese mismo momento, el feudalismo europeo se transforma, anulándose el elemento feudal como intermediario entre las (florecientes) ciudades Estado y los monarcas, elevándose la preponderancia de las clases mercantiles. Ello lleva (simplificando) a un espacio creciente para la matematización de la ciencia experimental, y una inscripción de las iniciativas científicas en el lenguaje universal de las Leyes de la Naturaleza, generalización a la que la prolífica tradición experimental china no podía haber llegado, dados los trazos societales recién expuestos.

Sin embargo, la lectura de Needham por parte de Anderson (y su propia adhesión a la filosofía marxista de la Historia, a excepción de su descarte del Modo de Producción Asiático) convierte la explicación en una teleología, postulando al desarrollo capitalista industrial como camino

¹¹ Este elemento, sin embargo, ha sido sobreestimado. Needham se declara explícitamente seguidor de Wittfogel en este punto.

inexorable para el despegue económico de una sociedad. Needham mismo aclara este punto:

Algunos historiadores asiáticos se han mostrado suspicaces a la idea de “modo de producción asiático” o hacia el “feudalismo burocrático” porque los han identificado con un supuesto “estancamiento” que pensaron haber visto en la historia de sus propias sociedades. En nombre del derecho de los pueblos asiáticos y africanos al progreso, han proyectado este sentimiento hacia el pasado, y han deseado reclamar para sus ancestros exactamente las mismas etapas por las que pasó el Occidente, ese mundo occidental que los ha dominado por un tiempo de manera tan odiosa. Es muy importante, pienso, para aclarar este malentendido, que no parece haber en absoluto razón para que asumamos *a priori* que China y otras civilizaciones antiguas hayan de pasar a través de exactamente las mismas etapas sociales que las del Occidente europeo. De hecho, la palabra “estancamiento” nunca ha sido en absoluto aplicada a China; fue puramente un error occidental de concepto. [...] La inestabilidad sobre la que la sociedad europea fue construida, debe por ende ser contrastada con un equilibrio homeostático en China, producto de lo que yo creo es una sociedad fundamentalmente más racional. (NEEDHAM, 2004, p. 20-21).

Needham especifica la aclaración en un volumen anterior a cargo de Francesca Bay, cuya tesis será retomada en trabajos posteriores:

Desde sus primeros comienzos, creemos que los condicionantes fundamentales (tanto técnicos como sociales) de la cultivación inundada del arroz, influenciaron de manera significativa el camino peculiar de desarrollo de China. [...] A diferencia de la agricultura de tierra seca, la agricultura del arroz depende menos del capital que de la habilidad [...] menos de la inversión de capital [...] que del trabajo perspicazmente aplicado. Está claro que la reducida dimensión de las unidades de producción (y de los campos individuales) adecuada a la eficaz producción de arroz inundado, es una barrera a las economías de escala, y de esta manera a la inventiva técnica del tipo al que debemos a la Revolución Industrial y Agrícola Europea, esto es, a la tendencia hacia la mecanización [...] En las sociedades del arroz inundado, el curso natural del desarrollo parece ser no hacia el capitalismo sino hacia una formación social que puede ser convenientemente llamada como un modo de producción pequeño-mercantil. Una vez alcanzada esta etapa, las relaciones de producción [...] poseen un dinamismo interno que permite sostener no solamente incrementos significativos en la productividad agrícola, sino además una rápida diversificación económica [...]. (NEEDHAM, 2004, p. 613-616).

Este último punto nos lleva a considerar la visión de China en un grupo de trabajos de significativa relevancia en la actualidad, el conjunto de obras proveniente de la escuela de los sistemas mundo.

De manera no casual, estos trabajos tienen su origen teórico en elaboraciones que pretendían sintetizar diferentes perspectivas: el materialismo histórico, la historiografía francesa y la sociología histórica, con una mirada hacia el tercer mundo, en franco diálogo con la Teoría de la Dependencia latinoamericana. Así, algunos de los exponentes de este núcleo de trabajos, los más cercanos a la Teoría mencionada en último término, han sido Samir Amin y André Gunder Frank. Lamentablemente, han sido ellos sin embargo quienes más alejados se han encontrado de una percepción directa de la configuración actual e histórica de la formación social china.

No obstante, este grupo de trabajos dista de ser homogéneo. Debemos buscar su génesis en la producción de Immanuel Wallerstein, quien precisamente elaborara el concepto de sistema mundo a partir de trabajos previos de Fernand Braudel. Es decir, desde una perspectiva eminentemente europea. Wallerstein (1974-1989), en su obra de largo aliento, establece precisamente el concepto de sistema mundo como estructura orgánica de relaciones económicas jerárquicas; en segundo lugar, establece que a partir del siglo XVI, Europa comienza a configurarse como el centro de un sistema mundo que paulatinamente “engulle”, a través de relaciones de intercambio desigual, a los sistemas-mundo preexistentes o coexistentes hasta ese entonces. Los aportes de esta perspectiva son de suma importancia porque, a pesar de elaborarse desde una producción teórica centrada en el estudio de la Modernidad europea¹², a) Presentan una preocupación explícita por otorgar una mirada no eurocéntrica en la ciencia social, (WALLERSTEIN, 2000) b). Insisten por primera vez en la circulación de capital y la orientación de sus flujos como determinante fundamental del cambio en las relaciones económicas de poder entre el centro y las periferias; aquí vale la pena detenerse, debido a que el trabajo de Braudel establece con claridad la orientación de los flujos de plata desde las colonias americanas hacia la periferia europea a partir del siglo XVI, de allí a los centros de poder emergentes (Venecia, Génova, Bruselas, Amberes, Londres) con punto

¹² Sus antecedentes son los trabajos de Fernand Braudel, (1949, 1979-1984) *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II* (1949), y particularmente *Civilización material y capitalismo*, 1979-1984. 3 v.

final en China para su conversión en manufacturas terminadas, hasta la primera mitad del siglo XVIII por lo menos. Esto abre la puerta para la reconsideración del papel de la expansión atlántica en el “despegue” europeo, antes que la superioridad intrínseca del modo de producción feudal o el capitalismo mercantil frente a los modos de producción “asiáticos,” en perspectivas comparativas que sólo consideren las relaciones socioeconómicas internas como motores de las transformaciones sistémicas.

Entretanto, los desarrollos posteriores de esta escuela de pensamiento fueron en dos direcciones predominantes. Una de ellas, presidida por los trabajos de André Gunder Frank, profundizó la mirada sistémica, sosteniendo que la conformación de un único sistema mundo no se produjo a partir de la Modernidad europea (1500 d.C), sino en realidad 3000 años antes; por ende, la tarea de la ciencia social habría de consistir en el estudio de las conexiones entre las distintas regiones y formaciones sociales a escala planetaria desde la generalización de la formación de Estados centralizados (en China, Mesopotamia, Asia Central, etc.), todas partes de un sistema global interconectado (GUNDER FRANK, 1983). Es importante destacar este punto porque, a partir de estas premisas, el autor busca emprender un estudio comprensivo del ascenso de China en el orden económico global, que supere definitivamente el sesgo eurocéntrico (GUNDER FRANK, 1998). En este trabajo, Gunder Frank establece las razones de la Divergencia entre Oriente y Occidente *en el protagonismo de Asia* (considerada así, en términos generales) como oferente de productos terminados exportados hacia Europa, y pagados en última instancia con plata procedente de la explotación europea de las minas americanas. Fue precisamente la demanda europea de estos productos lo que permitió a Europa “comprar un boleto de tercera clase en el tren del desarrollo asiático”, en palabras del autor, a partir del siglo XV, para terminar convirtiéndose en la “locomotora” del desarrollo global *no antes de 1750*. Esto fue posible porque Europa literalmente agotó las reservas de factores asiáticas (tierra y trabajo, fundamentalmente) ahorrando las propias; el capital de sus colonias atlánticas de ultramar hizo el resto, posibilitando en el siglo XIX la Revolución Industrial a partir de una aplicación intensiva de recursos ecológicos y laborales, que comenzaron a explicar a partir de este punto la Divergencia en términos de Pomeranz. Esta perspectiva es útil para reo-

rientar (parafraseando a Frank) la mirada teórica hacia las virtualidades del desarrollo temprano de China como antecedentes del desarrollo *tardío* de Europa, que habría aprovechado así las “ventajas del atraso” para erigirse en el siglo XIX como centro de la economía mundo global. Sin embargo, el abuso de esta perspectiva sistémica, que considera al mundo como una totalidad económica orgánica de largo plazo, al bascular hacia una mirada dirigida exclusivamente a las conexiones e intercambios entre las partes de un todo que es “más que la suma” de las mismas, ocluye la mirada sobre los elementos particulares de las formaciones sociales, y con ello los caminos particulares hacia el desarrollo que cada una de ellas aporta al conjunto.

Otro grupo de trabajos, sin embargo, sin descuidar las conexiones entre las economías que componen el sistema mundo, emprenden un camino comparativo para mostrar que, antes del siglo XIX, no había diferencias estructurales significativas entre las sociedades europea y china¹³ que permitieran explicar una Divergencia intrínseca previa al despegue de la Revolución Industrial.¹⁴ Así, se examinan de manera comparativa:

- Dotaciones de factores: disponibilidad de tierra, trabajo y valor del trabajo, y acumulación de capital.
- Mercados de factores: mercado de tierras, formas de explotación del trabajo, instituciones financieras y disponibilidad de capital.
- Estructuras demográficas: población y expectativas de vida comparadas.
- Ingresos y consumo: nivel de ingresos monetarios y formas de remuneración, nivel de consumo, calidad de la dieta, pautas de consumo y estructuras de preferencias. Este último punto incide, a su vez, en la demanda de productos implicados en el comercio de larga distancia.
- Instituciones jurídicas y formas económicas: estructura de los mercados, organización de las empresas, tipos y formas de los contratos (formales e informales).

¹³ Una de las premisas metodológicas de estos trabajos es la comparación de China como unidad de análisis frente a Europa en su conjunto, ante cuestiones evidentes de escala y heterogeneidad regional; lo que abre la puerta al análisis regional comparado, por ejemplo, entre el Delta del Yangtsé y Gran Bretaña o los países Bajos.

¹⁴ Por supuesto, esto implicó, en algunos casos (el de Pomeranz es el más notable) la insistencia en la búsqueda de las razones de la Divergencia en el carácter de los flujos comerciales y las conexiones entre las economías pertinentes al sistema mundo, cuestión que, como señalamos, nunca fue desechada por esta perspectiva.

Las conclusiones mencionadas en primer término (no existen diferencias significativas entre las unidades de análisis que se destaquen con claridad antes de mediados del siglo XVIII) pueden atribuirse, a nuestro juicio, a problemas en la construcción de las series estadísticas. En efecto, al manejar unidades de análisis enormes y periodos de cobertura de largo plazo, es directamente imposible encontrar repositorios estadísticos completos de tales escalas. Más aún, uno de los sesgos de la escuela interdisciplinaria de los sistemas mundo, reside en la inclinación (forzada por esta escala de análisis) a la utilización de fuentes secundarias para la investigación, que muchas veces resulta en abuso, formulando hipótesis fuertes sobre datos precarios.¹⁵ Sin embargo, todo lo más, se puede afirmar, sobre las mismas premisas, que no se puede postular con evidencia alguna lo contrario: que existió una diferencia cualitativa intrínseca en términos de desarrollo socioeconómico y/o tecnológico a favor de Europa y contra China en los albores de la modernidad.

Por otro lado, el esfuerzo de estos trabajos permite mostrar no obstante algunos rasgos particulares inherentes a la formación social de la China imperial, que resultan reveladores: por ejemplo, que existieron mercados dinámicos de compra y venta de tierras (en especial, durante la dinastía Song y a comienzos de la Dinastía Ming), a pesar de los prejuicios previos en contrario de los intelectuales e investigadores occidentales; igualmente, que predominaban las formas de trabajo libre y no sujeto a la tierra en el espacio agrícola;¹⁶ que era amplio y generalizado el recurso a contratos de arrendamiento, formales e informales; que este tipo de contratos cumplía un papel importante al sur del Yangtsé en la reproducción de las pequeñas parcelas campesinas aplicadas a la producción de arroz, en los términos especificados por el trabajo de Bay; que la parcela campesina

¹⁵ Particularmente, en Gunder Frank y Gills, (1993). Aquí se postulan ondas A y B de crecimiento económico *global* para el periodo 1500 a.C-1900 d.C; posteriormente, el equipo de trabajo insta a la realización de “monografías” que refuten o validen las hipótesis (la caracterización de estos trabajos parciales frente a la obra general de “monografía” no puede menos que ser irónica, pues cada validación de una onda en particular resultaría de por sí en un trabajo inconmensurable). El resultado “final” (sólo se citan un par de estos trabajos “monográficos” en la compilación de Frank y Gills) resulta inconducente, y se parece a un cartón de bingo (verdadero para onda 1, falso para 3, inconcluso para 4, verdadero para 5, etc...). Hemos citado el esfuerzo más burdo, el resto de las obras aquí consideradas son más serias.

¹⁶ Un dato secular y al margen de estas obras aquí consideradas, ha sido la inexistencia en China de una aristocracia de sangre, de un sistema de enfeudación análogo al europeo, y de una deshumanización de los productores bajo formas serviles o esclavistas generalizadas. Lo que no implica, por supuesto, que no hayan existido episódicamente formas de esclavitud; estas eran, sin embargo, de tipo “familiar” o “patriarcal”.

era el corazón de la unidad productiva familiar, que fungía como unidad económica agrícola y artesanal, sobre la base de una reasignación flexible del trabajo entre sus miembros. Esto, finalmente, tiene dos tipos de consecuencias: en primer lugar, que existían, al margen del mercado de comercio de larga distancia, dinámicos mercados locales y regionales de productos ubicados en torno a las áreas rurales. Esto, a su vez, inhibía la proletarianización del campesinado y su éxodo a las áreas urbanas, rasgo constitutivo de la Revolución Industrial europea; en segundo lugar, que esto configuraba un modo específico de producción (llamado “pequeño-mercantil” por Bay) que, a) implicaba la creciente aplicación y reasignación de trabajo, aún en contextos de rendimientos decrecientes por cada unidad aplicada, y de presión demográfica elevada (SUGIHARA, 2003), y b) con ello, permitía escapar a las crisis malthusianas recurrentes, características por ejemplo de la economía agrícola francesa en los siglos XVI y XVII. Finalmente, estas unidades productivas mixtas flexibles, sobre la base del aprovechamiento de redes informales de financiamiento, pudieron resurgir tras el fin del periodo de la Gran Divergencia, resultando en agencias sumamente adecuadas a las redes productivas del capitalismo global deslocalizado, por a) las facilidades de acomodamiento de la oferta a las modificaciones cada vez más pronunciadas de la demanda y de las estructuras de preferencia, b) la flexibilidad de las modalidades de utilización de la mano de obra, y c) la flexibilidad en las modalidades de asociación y financiamiento.

En último término, otro aporte relevante de esta corriente para explicar el lugar de China en el concierto global, pasado y presente, reside en la consideración del papel de las estructuras políticas, y en su comparación Este-Oeste. Cuatro argumentos merecen la pena citarse. 1- En Pomeranz, es el papel de la organización occidental de las compañías comerciales de larga distancia como unidades militarizadas con licencia de las Coronas lo que explica el éxito relativo de sus operaciones. En segundo término, ligado a esto, es el aporte de la violencia en la importación y exportación de esclavos a cargo de estas compañías, lo que permitió la organización de un comercio triangular con eje en el Caribe (África-Caribe-Norteamérica-Europa) lo que explica en buena medida¹⁷ el enorme traspaso de recursos a favor de Europa Occidental, que permitió el despegue industrial de Occidente frente a Oriente (la Gran Diver-

¹⁷ El resto de la explicación reside en la explotación, en el siglo XVIII, de los yacimientos de carbón británicos, ausentes en un Este Asiático altamente dependiente del carbón vegetal.

gencia). 2- En el mismo trabajo de Pomeranz, está claro que el papel del Estado imperial chino en la promoción del desarrollo económico ha sido, a la luz de la comparación de largo aliento entre las formas jurídicas y económicas y de los mercados emprendida por el autor y enumerada *ut supra*, al menos comparable en su papel inhibitorio o promotor de este desarrollo, *vis á vis* los Estados europeos.¹⁸ 3- La noción, de particular relevancia si se asume y se proyecta al actual escenario de coyuntura global, de un Estado civilizacional y plurinacional cuya expansión no ha estado dirigida, al menos de manera preponderante, por imperativos de expansión comercial o de capital (ARRIGHI, 2007). Este punto merece precisarse: desde la etapa preimperial (al menos, desde el periodo de los Reinos Combatientes, siglos V-III a.C) la dinámica de la civilización china estuvo signada, en política exterior, por su relación con los pueblos nómades de sus fronteras septentrionales y occidentales. Estas formaciones sociales, al estar conducidas por élites guerreras que basaban su poder en el dominio del caballo y en la ostentación de bienes suntuarios, y en ausencia de una actividad agrícola y artesanal sedentaria que les permitiese obtener estos bienes de prestigio, establecían sistemáticas incursiones hacia el interior de China, que podían ser o bien pacíficas, bajo la forma de tratados e intercambios comerciales o de tributo, o bien violentas y de pillaje. Desde luego, el interés económico, visible bajo la forma de la adquisición de productos para las élites nómadas, no era compartido por su contraparte china (a excepción de las masivas compras de caballos, que no se criaban en los territorios del interior). De esta manera, fue la necesidad secular de *seguridad* antes que la provisión de bienes y metálico lo que dirigió la política exterior del Imperio e, inclusive, la apertura de la Ruta terrestre de la Seda en el siglo I a.C. a través del Asia Central (YU, 1986). De manera análoga, las expediciones al Tibet (1729-1751) y al Xinjiang (1756-1757) que consolidaron definitivamente las fronteras definitivas del Estado Qing, estuvieron dirigidas por motivos similares: la contención de los mongoles lamaístas, que se habían autoproclamado “protectores” del Lamaísmo tibetano, y la prevención frente a la expansión zungar en el Turquestán (FRANKE; TRAUZETTEL, 1973). De allí en adelante, y de acuerdo a la concepción secular del Reino del Centro, no se plantearon proyectos de expansión ulterior, y la política respecto a los nuevos territorios incorporados fue una política que resuena aún en nuestros días: amplia autonomía y privilegios para las élites locales a cambio de su asimilación, amplia inversión y transferencia de capital

¹⁸ Esto ha sido reforzado por otra obra posterior, que repite el trabajo comparativo: Bin Wong (2011).

(antes que la extracción de recursos desde las áreas marginales hacia el centro Han) y políticas migratorias que facilitasen la asimilación y la pacificación de las regiones autónomas. 4- La persistencia de la unificación imperial frente a la fragmentación política de Europa Occidental ha sido, a diferencia del planteo de Pomeranz (que buscaba esta explicación, como señalamos, en el trasvase de recursos de todo tipo desde el Atlántico) para Rosenthal y Bin Wong, la explicación de la Gran Divergencia: concretamente,

aunque tanto China como Europa experimentaron largos periodos de unificación y de fragmentación, el Imperio fue la norma en China, mientras que la división prevalecía más a menudo en Europa. A lo largo de buena parte de su historia, Europa fue pobre porque estaba en guerra. El crecimiento de métodos de producción intensivos en capital en Europa fue la consecuencia no deseada de conflictos políticos persistentes. En contraste, China, que estuvo a menudo pacificada y unificada, desarrolló mercados de gran escala y ganó ventajas de la división del trabajo. Sólo fue a partir de 1750 que estas ventajas de los métodos de producción basados en el maquinismo e intensivos en capital, aparecieron como evidentes. Antes de ese tiempo, las recetas de los emperadores Qing para el crecimiento eran de sentido común allí donde fuera: promover la expansión de la agricultura, mantener bajos los impuestos, y no interferir en el comercio interno. (BIN WONG; ROSENTHAL, 2011, p. X-XI).

Encontramos aquí ya una reversión completa de las ideas previas y profundamente arraigadas acerca de un Estado opresivo e inhibitor de las actividades artesanales y comerciales.

Sin embargo, podemos interpretar también en estos postulados la existencia de ciertos supuestos que permearon los últimos trabajos analizados desde la perspectiva de los sistemas mundo, aquéllos más matizados respecto a las posturas radicales de G. Frank y más sensibles a los desarrollos concretos de la historia china: se sigue enfatizando, implícita y en ocasiones explícitamente, en algunos prerrequisitos comunes a toda empresa de desarrollo económico exitosa, a saber: estipulación clara de los derechos de propiedad (que, como han revisado estos trabajos para China, pueden haber sido una realidad palpable en tiempos dinásticos), mercados dinámicos de tierra y de trabajo, y mínima interferencia del Estado en los

asuntos económicos¹⁹ (ARRIGHI, 2009). De hecho, tanto Pomeranz (implícitamente) como Bin Wong y Rosenthal (de manera explícita) adhieren a los postulados neoclásicos de Douglass North, para quien la especificación de los contratos, los derechos de propiedad y la reducción de los costes de transacción son condiciones sine qua non de una economía exitosa y del cambio económico progresivo. Curioso retorno, desde la izquierda, a aquellas tesis del historiador de la economía que sostenía que la relación entre un siervo y un caballero era, en la Edad Media europea, un “contrato de trabajo a cambio de protección”...suscripto a través de la espada, el estribo y el caballo contra la azada.²⁰ Más curioso aún, cuando demasiados economistas del mainstream, tanto ortodoxos como heterodoxos, nos están recordando, precisa y recientemente, que no existen instituciones económicas universales aplicables a todas y cada una de las economías nacionales. (NORTH, 1973, 1990)²¹

CONCLUSIONES

La revisión de literatura occidental pasada, de su influencia en los padres de la organización del Estado chino moderno y de las reelaboraciones contemporáneas del pensamiento occidental sobre China en un contexto absolutamente distinto al que sirvió de marco para nuestras primeras dos secciones, ha dejado los siguientes saldos:

- El eurocentrismo en tanto conjunto de prejuicios hacia las sociedades no occidentales persiste, y constituye un anacronismo respecto a los actuales contextos socioeconómicos en el “sistema mundo” global.

¹⁹ El propio Arrighi señala en una entrevista concedida a David Harvey tras la publicación de su libro, que “no tendría objeciones a ser llamado socialista, excepto que desafortunadamente el socialismo ha sido demasiado identificado con el control de la economía por el Estado. Nunca pensé que fuera una buena idea. Proviengo de un país en el que el Estado es despreciado o no inspira ninguna confianza. La identificación del socialismo con el Estado crea grandes problemas. Así, pues, si este sistema-mundo se va a llamar socialista sería necesario que se redefiniere en términos de respeto mutuo entre los seres humanos y un respeto colectivo por la naturaleza. Pero esto puede tener que organizarse a través de intercambios mercantiles regulados por el Estado, de modo que se incremente de una forma smithiana el poder de los trabajadores y se disminuya el del capital, y no mediante la propiedad y el control de los medios de producción por parte de aquel.” (ARRIGHI, 2009, p. 31-32).

²⁰ La puesta en evidencia de la explicación de los “contratos” medievales realizada por North, en Brenner (1988, p. 22). Más invectivas sobre North en Gunder Frank (1998).

²¹ Simplemente un pequeño ejemplo de un trabajo de un economista no demasiado hostil a la ortodoxia, en Rodrik (2008).

- La adopción de la literatura occidental por parte de las élites chinas ha sido meramente instrumental, y suponemos aquí que esto configura un rasgo de larga data, aunque más investigación es necesaria respecto a este punto y a los límites del presente trabajo.
- Quizás, y a modo de pregunta abierta para la discusión, la persistencia mencionada en primer término se deba en parte a una adherencia a ciertas estructuras mentales y culturales de fondo, que no pueden evitar la tentación de formular y adoptar teorías generales del desarrollo de las sociedades.
- Sin embargo, en la producción reciente de la escuela de los sistemas mundo (así como en las medidas consideraciones de Joseph Needham), hemos encontrado valiosas reelaboraciones conceptuales que nos han permitido establecer algunas certezas respecto a la trayectoria histórica de China y a su interacción con la economía mundo global, antes y después de la Divergencia: a) Existe, al menos a escala regional, un modo de producción que lejos ha estado de ser estático o decadente, y que es irreductible a las caracterizaciones generales contenidas en la teoría evolutiva de la Historia, b) Las estructuras políticas del Estado chino poseen raíces históricas que hacen inferir un comportamiento original de política exterior, c) El despegue de Europa en los albores de la Revolución Industrial no se explica por una superioridad socioeconómica intrínseca, o por una inexorabilidad de la sucesión feudalismo-capitalismo mercantil-capitalismo industrial y financiero propia de una historia lineal y teleológica, sino bien por i) una sucesión de “accidentes históricos,” y/o bien por ii) una dosis considerable de violencia político-militar ejercida sobre la periferia.
- Finalmente, antes que el emprendimiento de análisis estructurales y de la aplicación de conceptos generales aplicables a cualquier contexto, debemos confiar en la investigación histórica de periodos y regiones particulares para poder emprender un diálogo intelectual que permita comprender diferencias, analogías y caminos comunes en el devenir de las sociedades, crecientemente interconectadas.

REFERÊNCIAS

- ALTHUSSER, L. Contradicción y sobredeterminación: notas para una investigación. In: _____. *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI, 1999.
- ANDERSON, P. *El Estado absolutista*. Madrid: Siglo XXI, 1974.
- ARRIGHI, G. Las sinuosas sendas del capital. *New Left Review*, v. 56, p. 13-69, mar/apr., 2009.
- ARRIGHI, G. *Adam Smith in Beijing: lineages of the twenty-first century*. Part iv Lineages of the new asian age. Londres: Verso, 2007.
- BRAUDEL, F. *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II* Paris: Armand Colin, 1949.
- _____. *Civilización material, economía y capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1979-1984. 3 v.
- BIN WONG, R.; ROSENTHAL, J. L. *Before and beyond divergence: the politics of economic change in China and Europe*. Cambridge: Harvard University Press, 2011.
- BRENNER, R. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial. In: ASTON, T.H.; PHILPIN, C.H.E. (Ed.). *El Debate Brenner*. Barcelona: Crítica, 1988.
- CHATELET, F. *Una historia de la razón*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1983.
- CHESNEAUX, J. *Asia Oriental en los siglos XIX y XX*. Madrid: Labor, 1978.
- ENGELS, F. Persia-China. *New York Daily Tribune*, 22 mayo 1857.
- FRANKE, H.; TRAUZETTEL, R. *Historia Universal Siglo XXI*. V. 19. El Imperio Chino. Madrid: Siglo XXI, 1973.
- FREIBERG, J.W., Dialectics. Maoist and Daoist. *Bulletin of Concerned Asian Scholars*, v. 9, n. 1, p. 2-20, enero-marzo, 1977.
- GERNET, J. *El mundo chino*. Barcelona: Crítica, 1991.
- GUNDER FRANK, A. *ReOrient: global economy in the Asian Age*. Berkeley: University of California Press, 1998.
- GUNDER FRANK, A.; GILLS, B. (Ed.). *The world system. five hundred years, or five thousand?* New York: Routledge, 1993.
- HEGEL, *La razón en la historia*. Madrid: Hora H, 1972.

- HSU, C-Y. The spring and autumn period. In: LOEWE, M.; SHAUGHNESSY, E. (Ed.). *The Cambridge history of Ancient China*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999. Cap. 8. p. 545-587.
- KUHN, P. The taiping rebellion, In: FAIRBANK, J. K. *Cambridge history of China*, v.10, part.1, Cammbridge: Cambridge University Press, 1978. p. 278-311.
- LI, D. The victory of Bolshevism: 15 de noviembre de 1918. In: *Selected Works of Li ta-Chao*, Beijing: Foreign Languages Press, 1962.
- LO, T. Y. The Thoughts of Chen tu Hsiu and Li ta Chao in the fourth May Period, Tesis (Maestría en Filosofía)- City University of Hong Kong, 1981.
- LU, X. *Novelas escogidas de Lu Sin*. Beijing: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1972.
- MAO, Z. On contradiction. Agosto de 1937. In: *Selected Works of Mao Zedong*. Beijing: Foreign Languages Press, 1977. V. 1. p. 317-329.
- MARX, K. Revolution in China and Europe. *New york Daily Tribune*, 14 jun.1853.
- _____. Trade or opium? *New York Daily Tribune*, 20 sep.1858.
- MEISNER, M. *La China de Mao y Después: una historia de la República Popular*. Córdoba: Comunicarte, 2007.
- _____. *Li ta-chao and the origins of chinese marxism*. Cambridge: Cambridge University Press, 1967.
- NEEDHAM, Joseph, *Science and Civilisation in China*, Cambridge University Press, 2004, v.VII-2.
- NORTH, D. *The Rise of the Western World*. Cambridge: Cambridge University Press, 1973,
- _____. *Institutions, institutional change and economic performance*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- POMERANZ, K. *The great divergence: China, Europe, and the making of the modern world economy*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- RODRIK, D. Second-best institutions. *American Economic Review: Papers and Proceedings*, v. 98, n.2, p. 100-104, Mayo, 2008.
- SHORT, P. *Mao*. Barcelona: Crítica, 2003.
- SUGIHARA, K. The East Asian path of economic development: a long-term perspective. In: ARRIGHI, G.; SELDEN, M. (Ed.). *The resurgence of East Asia: 500, 150 and 50 Years perspective*. New York: Routledge, 2003. p. 78-124.

TWITCHETT, D. ; FAIRBANK, J. K. (Ed.). *The Cambridge history of China*. Cambridge; Cambridge University Press, 1986. V. 1.

WALLERSTEIN, I. *The World System*. Londres: Academic Press, 1974-1989. 3 V.

_____. El Eurocentrismo y sus avatars. *New Left Review*, Madrid, n.0, p. 97-114, 2000.

WITTFOGEL, K. *Oriental despotism: a comparative study of total power*. New Haven: Yale University Press, 1957.

WOLF, E. *Europe and the people without history*. Berkeley: University of California Press, 1982.

YU, Y. S. Han foreign relations. In: TWITCHETT, D.; FAIRBANK, J. K. (Ed.). *Cambridge History of China*, 1986. V.1. p. 377-463.